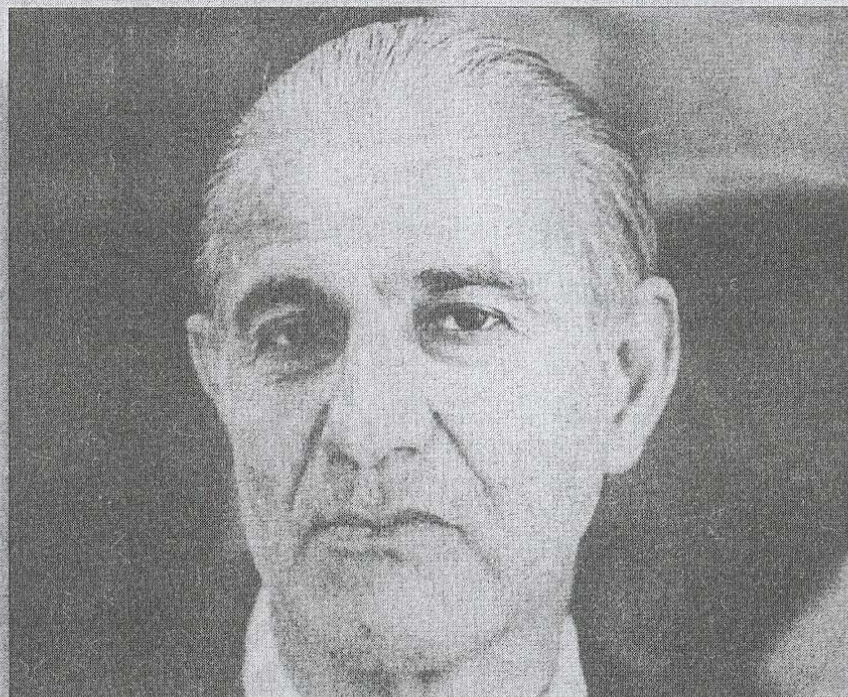


Veinte años de ausencia

Enfermo, vivaz y mordaz como en sus peores tiempos, a los 84 años Droguett sigue escribiendo en Suiza, casi olvidado de su Premio Nacional de Literatura. No volverá a Chile, nos dice, salvo que le den buenos motivos...

Texto: Gwendolyn Ledger



Hay en su obra una verdadera obsesión por el sufrimiento humano: *Los asesinados del Seguro Obrero*, *Sesenta muertes en la escalera*, *Todas esas muertes*, *Cementerio de elefantes*, *Eloy*, 100 gotas de sangre y 200 de sudor... en fin, toda una galería de dolores y deudas humanas, siempre con un fuerte trasfondo político.

Se fue de Chile en 1975, irritado con el régimen militar. Nunca ha vuelto.

En Suiza ha vivido la muerte de su mujer, Isabel Lazo, hace 7 años, y comparte sus días con sus dos hijos: Carlos, ex seminarista, doctor en literatura, y Marcelo, médico cirujano.

La distancia con Chile no es lejanía: cuando sus amigos le escriben sobre lo que ocurre en el país, responde en cartas interminables, gozosas, preguntonas.

A través de su amigo el escritor Antonio Avaria nos cuenta que ha estado mal de salud. Dos operaciones en un año, "pero no es cáncer, estoy débil no más. Mi hijo médico me cuida".

Con obra traducida a varios idiomas, único sobreviviente de la generación del '38', sigue haciendo literatura... sin escribir:

—*Grabo todos los días todo lo que se me pasa por la cabeza.*

Hace dos meses grabó grandes alegrías: estuvo en Cuba, visitó brevemente a Fidel Castro, a quien, en los sesenta, definiera como "tábano socrático de ambas Américas".

No alargó su viaje hasta Chile. Parece menos largo ese camino por recorrer que sus res-

quemores por olvidar.

PELEAR CON LA VIDA

En el colegio santiaguino San Agustín comenzó a sentir cierta angustia por la vida, que se metería en sus obras y en su carácter.

En el ensayo *Materiales de Construcción* (1968) recuerda la parte final de su niñez:

"No diría yo que fueron los días más tristes de mi infancia, sino los más desolados, aquellos que recuerdo con más frialdad, pues eran los años en que estaba creciendo rápidamente y sabiendo que ahí fuera, allá en la calle Estado, allá en el colegio, estaba la vida y debía pelear con ella, o más bien defenderme, simplemente defenderme y no sabía cómo hacerlo".

Aprendió. Aprendió muy bien.

En la Universidad de Chile hizo estudios de Derecho y Pedagogía en Inglés. No puso fin a nada, concentrado como estaba en lo suyo: escribir.

"No se puede llegar a ser un buen novelista dando clases".

Deriva al periodismo, "donde sí es posible aprender algo". En *La Hora*, donde mantuvo una columna, mata dos pájaros de un tiro: publica sus primeros cuentos (*Lejos, Europa no existe*, *Cristo en almíbar*, *Forma de la crucifixión*, *La risa*), en que se adivinaban sus

deudas con Kafka, con Joyce, con Faulkner.

Tomando el tema de la matanza de jóvenes nacionalsocialistas en el edificio del Seguro Obrero, da forma a su primer libro (1940). Con él disfruta de los primeros epítetos, que le han acompañado siempre, sin que él se arrugue demasiado: ¡hitleriano!, ¡panfletista!

Trece años tardaría en publicar un nuevo libro, *Sesenta muertes en la escalera*, donde vuelve el tema del Seguro Obrero, esta vez en forma madura y gana el primer lugar en un concurso de Nacimiento.

Con *Eloy* alcanza la cumbre de su creación, según un juicio común, una de las mejores latinoamericanas del siglo. Lo hizo acompañado del famoso bandolero chileno visto en sus últimas horas de vida.

El epíteto de blasfemo se lo ganó con otra de sus obras, *El Compadre*, donde una imagen de san Judas Tadeo habla a un borracho que le ha pedido que sea el padrino de su hijo.

Famoso y controvertido es también *Patas de perro* y *Todas esas muertes*, sobre el asesino francés Emile Dubois.

El hombre que había olvidado, novela, y *Escrito en el aire*, colección de ensayos "a vuelo de pája-

ro", son sus últimos trabajos publicados.

MALDITO ILUMINADO

Al parecer, lo que hace involuible a Droguett, además de su intensa temática, es la polvareda que desataban sus declaraciones, tantas veces impetuosas, a ratos amargas, siempre agudas: "Si Cristo viviera hoy, sería mirista", creyó justo decir a fines de los sesenta.

Tremebundas eran las respuestas que daba a los críticos que descalificaban su obra. Pero aún era peor si atacaban a alguno de sus amigos. Los críticos no le perdonaban el compromiso político, y si en un primer momento se le acusó de nazi, terminaría considerado de ultraderecha.

Para algunos no era más que el típico escritor-maldito-iluminado- de- izquierda, que no le sonreía a nadie, que no pedía perdones ni permisos, que transitaba siempre cargado de libros y apuntes.

Ha sido lapidario:

"A la literatura chilena le falta sentido de la realidad y del coraje, no se atreve a atacar los mitos y la falta de curiosidad, así como la incultura de algunos escritores es colosal".

Amigo incondicional de De

Rokha, combatió a Neruda y a Teitelboim.

"Sólo creo en la literatura comprometida, si el escritor no se satura de pasión por su tema y su personaje, se queda en la superficie. Yo soy un pasional y mi pasión es la literatura, pasión de vida y no de muerte, aunque Ud. no lo crea".

Contradictorio a veces, él mismo reconoció que antes de recibir el Premio Nacional de Literatura en 1970, pensaba que éste no era más que un favor del jurado, compuesto por escritores, para algún amigo, y luego se dio cuenta de la importancia del reconocimiento.

Un tiempo después desató una nueva polémica al decir que ese premio no estimulaba al escritor ni le solucionaba problema alguno.

"VISIBLEMENTE SOLO"

Desde que reside en Suiza ha dado medio centenar de conferencias, principalmente en España, sobre literatura y el oficio de escritor.

Ediciones Lom planea reeditar algunas de sus más importantes obras, en una serie sobre la novela social, próxima a salir en España.

Se sabe que tiene terminado un libro en el cual aparece Pinochet, titulado *Matar a los viejos*, que aún carece de editor.

Quiénes conocieron a Droguett y su querida mujer, cuentan que cuando peleaban ella le decía: "Carlos, ¿por qué no se va para echarlo de menos?".

En una carta dirigida a su amigo Antonio Avaria habla ahora de sus días:

"Vivo solo, visiblemente solo. Desde el viaje sin pronto retorno de la señora Isabel, transcurso literalmente sin otra compañía que mi sombra".

Para no pensar...

"Leer, revisar escritos antiguos y menos antiguos, corregir, rebacer, vomitar papeles, alimentar el canasto académico, (...) síntomas estomacales inequívocos de mis escritos, capítulos, prólogos, epílogos, epinicios, tajadas de novelas, cuentos sin pies ni cabeza. Sí, no sé cómo se me pasa la jornada".

Pero no envejece su mordacidad. Hace años decía:

"Cuando me acuerdo de Chile me muero. ¡Capaz que me suicide!".

En 1996, ya no.

"¿Volver? ¡El año 3000!...

Bueno, volvería por un mes, si es que me pagan el pasaje a mí y a mi hijo, porque me han dicho que no puedo viajar solo. Además tendrían que darme muy buenos motivos".

lo Nacim. Supl. 24-V-1996